

Vigésimo Noveno Domingo del TO B2024

Nuestra sociedad considera grandes a las personas que son populares y exitosas en su vida. Si bien algunas de estas personas han hecho cosas espectaculares, otras se han distinguido por la calidad de su servicio en beneficio de sus semejantes.

Sea que sea la opinión de la sociedad, una cosa es segura: sin el sacrificio y la abnegación, sin la renuncia y, a veces, el compromiso de hacer el bien a los demás, estas personas no habrían sido dignas de elogio.

Es esta disposición a aceptar el sufrimiento por el bien de sus semejantes lo que hace único y especial al siervo de la primera lectura de hoy. Él tomó sobre sí intencionalmente la culpa de sus semejantes para traerles la salvación. Actuando según la voluntad de Dios, dio su vida como ofrenda por el pecado. Al aceptar la humillación y la aflicción, se convirtió en luz para los demás y fuente de vida para ellos.

Lo que este texto nos enseña es que estar al servicio de Dios implica sacrificio, abnegación e incluso la entrega de la propia vida por el bien de los demás. De manera anticipada, este texto habla de la vida y la misión de nuestro Señor Jesús. Es Él quien no vino para ser servido, sino para servir. Es Él quien entregó su vida en la cruz por nosotros como rescate para que vivamos y seamos liberados de nuestros pecados.

Aunque al final de la pasión y muerte de nuestro Señor hubo una resurrección, sin embargo, la suya fue una vida de sufrimiento y abnegación, y no de gloria fácil. Esto debe estar claro en la mente de todos aquellos que aceptan seguirlo. Siempre es un malentendido pensar que porque somos cristianos no podemos sufrir o enfermar. Algunos entre nosotros han perdido su fe en Jesús porque se han involucrado en el sufrimiento humano. Han olvidado que no hay gloria sin sufrimiento y sacrificio. Sería una ilusión pensar que Jesús nos ha prometido un camino fácil hacia la gloria.

Esto explica la reacción de nuestro Señor a la petición de los dos hermanos que querían un lugar privilegiado en su Reino. La gloria de nuestro Señor viene de compartir su sangre para la salvación de la humanidad. Su gloria es la que nace de la abnegación y del servicio, no la que nace de ser servido como hacen los grandes de este mundo.

Por eso, quien quiera pertenecer a él debe estar dispuesto a experimentar el odio, el dolor y la muerte. Esto es lo que significa beber su copa o ser bautizado en su bautismo. De hecho, nuestro Señor quiere decirnos que sin la cruz no hay corona. La medida de la grandeza en el reino de Dios es el servicio, la humildad, el sacrificio y no otra cosa. Sólo el Padre puede determinar en su juicio quién es digno de pertenecer a su Reino. Él se lo da a quienes son dignos de él. Este es su privilegio y prerrogativa.

Nuestro Señor quiere que esta lección sea observada por todos sus discípulos. Por eso llamó a los discípulos a su lado y les explicó cuáles son las medidas del reino de Dios, que son diferentes a las del mundo. En este mundo la medida de la grandeza es el poder, el dominio y el honor. En el reino de Dios, la medida de la grandeza es el servicio y la humildad. La grandeza no consiste en reducir a los demás a nuestro servicio, sino en darnos a nosotros mismos el servicio de los demás.

El drama de nuestra sociedad es que, por naturaleza, nos gusta más ser servidos que servir. Queremos hacer lo menos posible y sacar el máximo provecho de los demás. Queremos sacar el máximo provecho de los demás. Al final, el principio de vida dado por Jesús nos parece extraño. Y, sin embargo, sólo cuando estamos llenos del deseo de dar a la vida más de lo que sacamos de ella para nosotros mismos podemos ser dignos del reino de Dios.

Necesitamos personas cuyo ideal de vida sea servir desinteresadamente, sin lucro ni cálculo. Nuestro Señor mismo es nuestro modelo y ejemplo. Él conoce muy bien los altibajos de la vida humana. Sabe lo que cuesta ser humano y cómo podemos ganarnos la amistad de Dios.

Él es nuestro gran sumo sacerdote que viene del Padre. Él es como nosotros en todo, menos en el pecado. Pasó por todo lo que puede pasar un hombre, pero en cualquiera de ellas salió victorioso. Conoció las tensiones y embates de las tentaciones por las que puede pasar cualquier ser humano, pero triunfó.

Por eso, Él es capaz de simpatizar con nosotros, porque sabe lo que significa la tentación. Por eso, acerquémonos con confianza al trono de su gracia para recibir misericordia y hallar gracia para el tiempo del socorro. Él es capaz de comprendernos cuando luchamos con las tentaciones. Está lleno de misericordia con nosotros porque ha estado allí antes que nosotros.

Cuando alguien ha estado allí, hace toda la diferencia. Y no hay experiencia humana de la que Dios no pueda decir “yo he estado allí”. Cuando tenemos una historia triste que contar, cuando la vida nos ha hecho llorar, no vamos a un Dios que no es capaz de comprender lo que nos ha sucedido; vamos a un Dios que ha estado allí. Es por eso que a Dios le resulta fácil perdonar.

Nuestro Señor conoce nuestros problemas, porque ha salido de ellos. La mejor persona para darle consejo y ayuda en un camino es alguien que ha recorrido ese camino antes que usted. Nuestro Señor puede ayudarnos porque sabe todo lo que significa ser humano. Nuestro Señor es el sumo sacerdote perfecto porque es perfectamente hombre y perfectamente Dios. Porque sabe lo que significa ser humano, puede tener compasión y misericordia por nosotros.

Dirijámonos a él y oremos en este día de misión mundial por todos los misioneros que evangelizan en el mundo. Pidámosle que bendiga la obra de evangelización realizada en todo el mundo. Siguiendo su ejemplo, sirvamos a nuestros semejantes con alegría y evitemos aprovecharnos de ellos o explotarlos. Confiemos en nuestro Señor y acudamos a él para recibir gracia y perdón. ¡Que nuestra grandeza se vea a través de nuestra manera de servir a nuestros semejantes!

Isaías 53: 10-11; Hebreos 4: 14-16; Marcos 10: 35-45



Fecha de la Homilía: el 20 de Octubre, 2024

© 2024 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20241020homilia.pdf